



Marino Muñoz Lagos

## Columnas de opinión

# El magnetismo de Rojas Jiménez

En 1934 pasó por Antofagasta el poeta y dibujante Alberto Rojas Jiménez: en el puerto del norte estuvo y anduvo con Andrés Sabella, quien nos contó este último viaje del ilustre autor de "Carta-Océano". Era en los primeros meses del año y la bohemia antofagastina vistió sus mejores galas para recibir a este bohemio mayor de la literatura chilena. Allí regaló su corbata de seda legítima a un garzón de los innumerables bares que visitó y dejó un mensaje escrito para sus hermosas mujeres. A esas alturas le iba quedando poca vida, ya que falleció el 25 de mayo de una bronconeumonía, luego de dejar una cuenta impaga en "La Posada del Corregidor de Santiago" y lanzado a la calle en mangas de camisa, bajo la lluvia.

Algunos de estos hechos y muchas anécdotas más ocupan las doscientas ochenta páginas de un libro de respetables formato que recopiló el escritor Oreste Plath bajo el título de "Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba" (Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museos, Santiago de Chile, 1994), con la colaboración directa de los funcionarios de la Biblioteca Nacional Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers.

El libro contiene interesantes facetas de la vida de Alberto Rojas Jiménez y su fantástica presencia de bohemio incorregible; luego están sus poemas rescatados de un posibles olvido y fragmentos de sus novelas y crónicas escritas desde Francia y Alemania; hay otras crónicas elaboradas en Chile y las de su permanencia en la ciudad de Valdivia; y por último, su copioso anecdótico, el citado postrer viaje a Antofagasta y las evocaciones de su trágica muerte.

Quizás si lo insólito de su fallecimiento contraste violentamente con la existencia

maravillosa e increíble de este poeta que se llenó de estrellas en las noches del vino, las mujeres y sus camaradas de ruta. En esa hora triste asomó su gran amigo, Pablo Neruda, quien desde España escribió a su recuerdo uno de sus más decisivos poemas: "Alberto Rojas Jiménez viene volando". Este poema que ha dado la vuelta al mundo nos da la razón de una sólida amistad en el sortilegio de una poesía que tuvo por aquel tiempo una múltiple armonía.

A lo lejos y a través de los años transcurridos, el nombre de Rojas Jiménez sigue vigente en su poesía y en sus hazañas nocturnas. Sus coetáneos se aplican y no se explican su existencia fantasmal. Es el caso del escritor y miniaturista histórico Enrique Bunster, quien expresa: "Lo que no supe entonces es de qué vivía Rojas Jiménez, y es casi una crueldad imaginárselo trabajando en una oficina. Prefiero dejarlo en un mundo encantado -que así parece ahora, aunque no lo fuera del todo-, reinando en la bohemia desde un sitio que después de sus días días nadie osó ocupar. Con la sola narración de sus chascarros y rasgos excéntricos se podría escribir un volumen. Cierta vez, al cabo de una noche de fiesta corrida, fue con Anguita el Mercado Central para componer el cuerpo con el clásico caldo de cabeza. A las siete de la mañana tomaron un tranvía en la calle Bandera para irse a sus casas. Al mirar de pronto a su amigo, Anguita descubrió que llevaba en el ojal, a manera de condecoración, un pejerrey que había cogido del mesón de una pescadería." (Página 31)

Así era Rojas Jiménez y así aparece en las páginas de este libro de Oreste Plath que reúne el caudal de su escritura, sus dibujos y su gracia.